

✠ Si conocieras el Don de Dios... ✠

Si Scires Donum Dei...

“Nuestra misión... es la de formar trabajadores evangélicos que salven millares de almas”.

—Santa Teresita del Niño Jesús, Carta 135



Rogad, pues, al dueño de la mies...

La sociedad actual vive angustiada, apremiada, desorientada y sin descanso para el alma. Hay mucha gente “sin Dios”, mucha gente que no ha oído el llamado de Jesús: “*Venid a mí todos los que estáis fatigados y sobrecargados y yo os daré descanso...*” (Mt 11,28-29).

Nosotros, que sí hemos oído y experimentado este llamado, tenemos que ayudar a otros a que conozcan al Señor, pues en Él hallarán remedio para sus males; en Cristo Jesús, encontrarán consuelo y alivio.

Alrededor del mundo, son muchas las iglesias donde no hay quien celebre la Eucaristía. En otras tantas, un mismo sacerdote celebra tres o cuatro Misas en un solo día. Faltan muchas vocaciones sacerdotales, pero al mismo tiempo faltan muchas vocaciones de laicos que estén dispuestos a orar incesantemente al Dueño de la mies que envíe trabajadores a sus campos.

Quizá el ejemplo de una jovencita francesa que a su muerte sería conocida y venerada mundialmente nos pueda inspirar. Se trata de Santa Teresita del Niño Jesús, proclamada por el Papa Pío XI “Patrona Universal de las Misiones”, pese a que durante su vida religiosa jamás franqueó los muros de su convento de Lisieux, aunque deseó ardientemente ser misionera. Ella supo atender el llamado de Jesús. Ella lo explicó así:



“Un día, mientras pensaba qué podría hacer para salvar almas, unas palabras del Evangelio me llenaron de luz. Una vez Jesús decía a sus discípulos: *‘La mies es mucha, pero*

los trabajadores pocos. Rogad, pues, al Dueño de la mies que envíe trabajadores.’

“¡Qué gran misterio! ¿No es Jesús todopoderoso? ¿No son las criaturas de quien las ha hecho? Entonces, ¿por qué dice Jesús: ‘*Rogad al Dueño de la mies que envíe trabajadores*’? ¿Por qué? ¡Ah!, es que Jesús siente por nosotros un amor tan incomprensible, que quiere que tengamos parte con Él en la salvación de las almas...” (Carta 135).

Ella se sintió llamada al Carmelo tras los pasos de Santa Teresa de Ávila, su “Madre”, por el don de su vida y la oración que traspasa todas las fronteras. Como la Santa española, “quisiera dar mil vidas para salvar una sola alma”.

Al entrar al Carmelo, la joven declara: “He venido a salvar almas, pero, sobre todo, para orar por los sacerdotes”. Siente una gran alegría cuando le ofrecen dos hermanos espirituales para que les apoye en su ministerio:

El seminarista Mauricio Belliere, de veinte años, pide la ayuda de una carmelita para que rece por su vocación. Sera Padre Blanco y partirá a Nyassland –hoy Malawi. Volverá a Francia y morirá hospitalizado en el Buen Salvador de Caen en 1907, a los treinta años. Teresita le ayudará mucho con sus cartas. Le escribirá once y todas muy importantes.

Pero nuestra Santa no siempre comprendió la importancia de orar por las vocaciones, por los sacerdotes, como escribió una vez a su hermana Celina, superiora del Carmelo: “Orar por los pecadores me encantaba; ¡pero orar por las almas de los sacerdotes, que yo creía más puras que el cristal, me parecía muy extraño...!”

“En Italia comprendí mi vocación... Durante un mes conviví con muchos sacerdotes santos y pude ver que si su sublime dignidad los eleva por encima de los ángeles, no por eso dejan de ser hombres débiles y frágiles... Si los sacerdotes santos, a los que Jesús llama en el Evangelio *‘sal de la tierra’*, muestran en su conducta que tienen una enorme necesidad de que se rece por

ellos, ¿qué habrá que decir de los que son tibios? ¿No ha dicho también Jesús: *‘Si la sal se vuelve sosa, ¿con que la salarán?’*

“¡Qué hermosa es, Madre querida, la vocación que tiene como objeto conservar la sal destinada a las almas! Y ésta es la vocación del Carmelo, pues el único fin de nuestras oraciones y de nuestros sacrificios es ser apóstoles de apóstoles, rezando por ellos mientras evangelizan a las almas con su palabra y, sobre todo, con su ejemplo...”

Una novicia atestiguó: “Ella –Santa Teresita– nos enseñaba que Dios nos pediría cuenta de los sacerdotes que hubiéramos podido salvar y que no hemos salvado, por haber sido infieles y cobardes.”

No hay tiempo que perder, Jesús está muy interesado en que también nosotros lo comprendamos. Y nos advierte que ante la cosecha abundante –algo que sabemos muy bien– son muchos los que necesitan evangelización. En todas partes hay hermanos que ignoran el propósito y el plan de Dios, que son planes de salvación, que son muchos los hijos que corren el peligro de perderse para siempre si no hay trabajadores que cosechen en el campo de sus corazones.

La próxima vez que recibas a Jesús en la Hostia Santa, que acudas a adorarlo en el Santísimo Sacramento del Altar, piensa en ello. Piensa en los miles y miles que nunca lo han recibido y mucho menos han ido a adorarlo. Que nunca se han acercado a Él con sus fatigas y sus cargas para recibir descanso. Piensa en ello y ora incesantemente ante el Santísimo Sacramento para que envíe trabajadores a Su mies.

Después de la muerte de Teresita del Niño Jesús y de la Santa Faz, innumerables vocaciones sacerdotales y religiosas nacieron de su encuentro con ella. Así cumplió su misión en el Carmelo. Muchísimos sacerdotes y misioneros le han confiado su ministerio.



ORACIÓN POR LAS VOCACIONES

Oh, Jesús, Salvador mío, Tú que confiaste a los sacerdotes –solamente a ellos– el poder celebrar la Eucaristía, perdonar los pecados, administrar otros Sacramentos, predicar con autoridad la Palabra de Dios y dirigir a los demás fieles a mirar y a subir hacia Ti, por medio de Tu Santísima Madre, te ofrezco para la santificación de los sacerdotes y seminaristas, todas mis ora-



“¡Rogad, pues al Dueño de la mies que mande obreros!”. Esto significa que la mies existe, pero Dios quiere servirse de los hombres para que la lleven a los graneros. Dios necesita hombres. Necesita personas que digan: “Sí, estoy dispuesto a ser tu obrero en esta mies, estoy dispuesto a ayudar para que esta mies que está madurando en el corazón de los hombres pueda entrar realmente en los graneros de la eternidad y transformarse en perenne comunión de alegría y de amor.

“¡Rogad, pues, al Dueño de la mies...” quiere decir también: no podemos ‘producir vocaciones’, deben venir de Dios. No podemos reclutar personas, como sucede tal vez en otras profesiones, por medio de una propaganda bien pensada... La llamada que parte del corazón de Dios, siempre debe encontrar la senda que lleva al corazón del hombre. Con todo, precisamente para que llegue al corazón de los hombres, también hace falta nuestra colaboración.

Ciertamente, pedir eso al Dueño de la mies significa ante todo orar por ello, sacudir Su corazón, diciéndole: “Hazlo, por favor. Despierta a los hombres. Enciende en ellos el entusiasmo y la alegría por el Evangelio. ¡Haz que comprendan que éste es el tesoro más valioso que cualquier otro, y que quien lo descubre debe transmitirlo!”

–Del discurso de Benedicto XVI en su encuentro con los sacerdotes y diáconos en Freising, 14.9.2006

ciones, trabajos, alegrías, mis sacrificios y sufrimientos de este día.

Danos, Señor, sacerdotes verdaderamente santos que, inflamados en el fuego de Tu amor, no procuren otra cosa que Tu gloria y la salvación de aquellos a quienes Tú encomendaste. Amén.